

# Experiencias

10

DICIEMBRE 2017

ASOCIACIÓN CULTURAL  
VIII PROMOCIÓN DEL AULA DE LA EXPERIENCIA  
UNIVERSIDAD PÚBLICA DE NAVARRA



# Jóvenes solidarios

## Desde Ebomé, al sur de Camerún

Llevaba trabajando 10 años en Latinoamérica como expatriado de una empresa de construcción española. No podía quejarme de nada, tenía un buen trabajo, de responsabilidad, buen sueldo, bien adaptado a todos los países donde trabajé, muchos amigos, el ocio bien aprovechado, viajando y conociendo lugares y teniendo experiencias como siempre había querido.

Mi trabajo no me disgustaba y debo a esos 10 años muchas de mis fortalezas y conocimientos laborales. Pero, evidentemente, siempre hay un pero. Como la mayoría de la gente, desde hace tiempo me rondaba en la cabeza la idea de, en algún momento, dejar mi trabajo rutinario para dedicarme a otras actividades más idealistas, como cooperación, docencia, infancia u otras labores más sociales. Pero nunca había pasado de eso, de una idea.

A medida que me desarrollaba en términos profesionales y ascendía en puestos de mayor responsabilidad, me percataba de que esa promoción laboral no era algo que personalmente me llenara, tan solo era un paso natural y como tal lo aceptaba. No era exactamente una pérdida de motivación lo que sentía, era que las metas laborales conseguidas no se adecuaban a mis objetivos de vida. Explicar esta frase es complicado, solo puedo decir que es algo que no lo analizas, simplemente lo sabes. Con toda seguridad no habría dado el giro que di a mi vida si las circunstancias laborales durante mis dos últimos años no me hubieran dado el empujón definitivo para dejar la tantas veces nombrada zona de confort, para emprender otra etapa que empezaría con un tiempo para parar y pensar.

Expuse mi decisión a mi empresa y acordamos una salida progresiva durante el siguiente año. Y sí, doy fe: tomar esa decisión cuesta, pero te relaja y libera de las cargas que te atenazan.

Ese tiempo de parada y reflexión duró un año. Fui alimentando la necesidad de trabajar y poner mi experiencia y capacidades al servicio de actividades sociales y humanitarias, con la motivación de ver que mi trabajo podría ayudar de forma directa a gente inmersa en circunstancias de vida muy desfavorables.

Imaginaba que, a pesar de que pudiera resultar una idea bucólica, al final cualquier trabajo tiene una problemática parecida. Siempre que se trabaja con personas afloran los mismos vicios y virtudes con los que lidiar a diario. Eso lo tenía claro y por eso no buscaba ninguna panacea ni trabajo en Disney.

Busqué opciones y fui a dar con un proyecto de la ONG navarra: AMBALA, donde buscaban a un director para un hospital humanitario en una zona rural en la costa sur de Camerún. Creo que tanto yo como la ONG sabíamos que íbamos a trabajar conjuntamente incluso desde antes de las entrevistas. Y así fue. Comencé a trabajar como cooperante en un ámbito laboral, geográfico, cultural e idiomático por completo desconocido para mí.







Llevo ya cuatro meses trabajando en el Hospital de Ebomé. Cuatro meses muy intensos: estoy aprendiendo cada día que se puede ya no solo sobrevivir, sino vivir con lo básico. Los problemas que te encuentras a diario son inimaginables en España. El ingenio se agudiza, la necesidad de tomar decisiones se multiplica y la capacidad de aceptar los acontecimientos es básica. Los cameruneses llevan esa actitud en su ADN; yo, sin embargo, tengo que luchar contra mi mentalidad europea en muchas ocasiones para poder sobrellevar esas circunstancias.

Muchas veces me parece que la gente local, acostumbrada a las idas y vueltas de los blancos, no valora el trabajo que realizamos en el hospital y simplemente nos ven como una fuente de dinero de la que pueden beneficiarse. Entonces compruebo que, de nuevo, mi forma de pensar europea está juzgando.

Es fácil medir a los demás con nuestra vara. Lo que estoy aprendiendo es ni más ni menos que a tratar de no medir, ni siquiera comprender, sino a aceptar. Aceptar lo inevitable, pero incluso aceptar lo que se podía haber evitado. Esa es la forma de empezar a sentirse integrado en este ambiente.

A título personal, la satisfacción me llega con los logros del día a día. La suma de éstos redundará a largo plazo en una mejora en la calidad de nuestro servicio o en la mejora de la salud de una persona o incluso en una nueva oportunidad en la vida de, por ejemplo, un bagyeli. Los bagyelis son un pueblo pigmeo nómada que habita en la selva y que poco a poco están viniendo al hospital para dar a luz o para curarse de ciertas enfermedades. Son conquistas tangibles que muestran que el trabajo y el esfuerzo realizados tienen su recompensa y te dan la energía para seguir adelante.

Como ya dije, esto no es ni Disney ni Hollywood, pero me da un sentido profundo a mi trabajo, que nunca antes había tenido.



**E** EUGENIO DEL CAMPO